

In Memoriam



NUESTROS MEJORES AÑOS

(Palabras pronunciadas por Gonzalo Quintero Olivares en el acto celebrado en recuerdo de José Manuel Valle Muñiz en la Universidad de Lleida el día 15 de mayo de 1998)

A comienzos de los años ochenta, en las clases de tercer curso de derecho en la Facultad de Barcelona, observé la reiterada presencia en primera fila de un estudiante particularmente atento a las lecciones y agudo en las preguntas. Poco tiempo después, Fermín Morales me dijo que había descubierto en aquel curso una nueva y sólida vocación de penalista. Aquel estudiante era Pepe Valle. Por aquel tiempo, aunque pueda extrañar tal vez a los que lo tratarían después, Pepe era un deportista de enorme fortaleza, y para nada tenía el aspecto que los siempre equivocados tópicos atribuyen al estudiante obsesionado por sus libros. Gran equivocación, pues los devoraba con insólita rapidez y aprovechamiento. A la vez, y también en contraste con aquella fortaleza externa, era extraordinariamente tímido, hasta el punto de que necesitó de la mediación de Fermín para tener una primera entrevista conmigo y exponerme su interés en dedicarse académicamente al derecho penal. Tras el encuentro, Pepe quedó instantáneamente integrado en un grupo de penalistas entonces muy jóvenes todos ellos, yo el que menos como es lógico, y que todos conocéis, pues aquí están sentados.

Por aquel entonces la Universidad vivía en la efervescencia de un tiempo nuevo. Se oponían y debatían conceptos como los de oposiciones y autonomía universitaria, democratización y rigor académico, funcionariado y contratación, y tantas otras palabras que hoy yacen sin sentido en el desván de las peleas estériles. El compromiso del universitario es ante todo ético, y por lo tanto comienza con lo que él mismo debe hacer, para estar a la altura de la confianza que luego espera que la sociedad deposite en él como docente e investigador, y no con lo que deben hacer todos los demás. Ese compromiso lo comprendió perfectamente Pepe, como también sus compañeros de generación. Su deber primordial era formarse como penalista, lo cual es algo bastante más profundo y extenso que conocer las leyes penales o programas de estudio del derecho penal. Tal vez alguno pien-

se que la política universitaria era también una inquietud legítima, y no entraré en juzgarlo. Pero tengo demasiados años como para cambiar gratuitamente de modo de pensar en relación con lo que debe ser la andadura inicial de la formación de un Profesor y esa fue, sin género de dudas, la que acometió Pepe Valle, alcanzando muy pronto un reconocimiento y prestigio en el mundo jurídico que contrastaban con su exultante juventud.

Vivimos aquéllos como nuestros mejores años. Cada uno trazó unos objetivos académicos que fueron alcanzados progresivamente, sin duda con esfuerzo y venciendo dificultades. Pero siempre aguardaba el éxito al final de camino. Pepe amplió su formación en Alemania, preparó su tesis y se doctoró con un extraordinario trabajo que continúa siendo texto de consulta obligada en la materia. Brillantemente ganó el concurso de Profesor Titular de Derecho penal, y pocos años después obtuvo por oposición la Cátedra de Derecho Penal de la Universidad de Cantabria. Ya era aquello por lo que tanto había luchado. Su lógica e inmensa alegría era la de todos nosotros, orgullosos de lo que nació como un minúsculo grupo de jóvenes profesores de la Universidad de Barcelona fuera cristalizando en una escuela sólida y unida. Más importante que todo el fasto y el triunfo académico fue para él encontrar a Carmen, que había de ser la compañera de su vida. La alegría por el nacimiento de Guillermo, su primer hijo le hizo sentir la definitiva plenitud de lo que puede ser la felicidad en este mundo.

Lo repito, han sido sin duda nuestros mejores años. Todo lo que nos sucedía, incluso sumando o restando lo bueno y lo malo, era siempre a la postre importante y marcaba un progreso personal y académico en todos y cada uno de nosotros. Parecía como si estuviéramos convencidos de que el pasado fue necesariamente peor y que el futuro iba a ser mejor día a día. ¡Qué lejos estábamos de suponer cuánta amargura acechaba!

No podemos pensar, con Jorge Manrique, que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero la brutal

acometida del destino nos lleva a ello. Hoy sabemos que para todos los que nos encontramos aquí, convocados en torno al recuerdo del amigo desaparecido, han terminado nuestros mejores años. Ya nada volverá a ser igual en nuestro pequeño mundo de simples profesores de Universidad. Pero es preciso luchar.

Quiero recordar ahora un precioso relato de Gabriel García Márquez. Llevaba por título "El ahogado más bello del mundo", y narraba la historia de un pueblo de pescadores en cuya playa un día aparece el cuerpo sin vida de un náufrago. Lo encuentran unos niños, y a sus gritos los habitantes del pueblo acuden y trasladan aquel cuerpo, de un hombre joven y fuerte, cuyo rostro irradiaba la paz y la generosidad. En torno a él se reúnen en vela los pescadores, sus mujeres y sus hijos. Lentamente la visión del ahogado arranca de sus almas un sentimiento de dolor ante la muerte, pero sobre todo de arrepentimiento y de vergüenza por las propias mezquindades, perezas y codicias, mayores aún ante la contemplación de aquella bondad y juventud destruidas. Al ahogado le dan un

nombre -Esteban- y lo proclaman en sus almas hermano de todos, Y cada uno se jura que en el futuro se partirá la espalda trabajando para que su pueblo sea el más hermoso, el más limpio, el más hospitalario, para que cuando desde la lejanía del mar sea divisada su belleza, los marinos con sus catalejos puedan reconocerlo y decir que aquel era el pueblo de Esteban.

Hago esta reflexión porque nosotros, sin duda, acometeremos nuevas tareas y proyectos, pero si no somos capaces de un titánico esfuerzo moral, las hojas de nuestros calendarios irán cayendo en el que será irremisiblemente un eterno otoño. Mas no será así, también nosotros nos comprometemos a seguir trabajando y compartiendo lo bueno y lo malo con la misma alegría y generosidad con que Pepe lo hizo. Se lo debemos a él, y en esta hora, a su mujer, a sus hijos, a su madre.

Y ojalá, cuando en este pequeño mundo nuestro que es la Universidad, se refieran a todos nosotros también puedan decir con respeto y envidia: éstos son la escuela y los amigos de José Manuel Valle.

Que Dios nos ayude a lograrlo.